

Mujer y Desaparición: ¡Quiero volver a casa! de Jorge Felippa

Bibiana Eguía

Seycit, Fac. Filosofía y Humanidades

La novela *¡Quiero volver a casa!* del escritor cordobés Jorge Felippa (1949), que en el año 2004 ganó el premio “Daniel Moyano” de la Provincia de Córdoba, fue editada en 2007. El relato se presenta como un rompecabezas con piezas que se encastran, sin ser un simple rompecabezas, y por el contrario, parece haber piezas que quedan sueltas o fueron de otro dueño, de otra fábrica, de otra historia. Los hechos narrados reflejan nuestra realidad cordobesa y argentina, sin ser un espejo que muestra una copia. Esta novela presenta multitud de discursos encontrados en un solo tema: la desaparición de la niña Marta Ofelia Stutz, de 9 años, en barrio San Martín, el 19 de noviembre del año 1938, sin ser un abanico abierto de posibilidades a través de los cuales se arma una propuesta narrativa.

Esta novela, no es ni rompecabezas, ni espejo, ni abanico. Y es todo ello a la vez. El autor instala una especie de puesta en escena sobre un caso policial sucedido en las calles de Córdoba por aquellos años, y que repercutió con grandísimo impacto en la sociedad cordobesa, que nunca tuvo la experiencia de recuperar a la niña.

Esta novela no es un rompecabezas, no es un espejo. Tal vez una forma para definirla mejor sería identificarla con un poliedro. Algo así como un octaedro, un decaedro, un cuerpo de muchas faces visibles. La obra es un poliedro en el que cada cara revela sus vértices y aristas para servir como soporte en el despliegue de las otras.

Estas caras están armadas y distinguidas a través de los diferentes discursos que dominan la novela. El discurso de los medios escritos. El lector se encuentra con citas del matutino “La Voz del Interior”, el “Córdoba”, “La Prensa”, “El País”, “La Nación” (entre otros), cada uno distinguido con un estilo adecuado a lo que postula y defiende, de acuerdo a perfiles

identitarios y reconocidos en ellos, estilo que se desdobra a través del discurso de los periodistas individuales, seres de carne y hueso que opinan ante los hechos.

Otras caras del poliedro son configuradas por los policías, los abogados, los jueces y el poder político, el asesino y sus cómplices. Otra cara, más agradable –aunque no por ello, menos difícil de presentar, es la de la familia Stutz, la de sus vecinos y amigos.

Y pese a todas las búsquedas y todas las voluntades, la única cara que quisiéramos ver, la única voz que quisiéramos escuchar a lo largo del relato, es la de Martita. Su voz es el discurso **ausente**. Es la pieza que nos falta, la cara que se nos niega, la voz que se silencia. Sus palabras son palabras que otro relata, integran los testimonios que la gente brinda. No tenemos de ella una palabra autónoma. Es ella la que expresa a través del autor, su demanda de retorno, la que “quiere volver a casa” brillando en su vestidito azul. En ese poliedro que el autor construye, la voz de Martita figura como base, cara de la figura que no se ve, pero sobre la cual, todas descansan. ¿Será Martita que quiere volver a casa, o es el narrador, quien querría encontrar a Martita, de regreso en su hogar?

Es ineludible pensar en esta ausencia y este silencio sin evaluar su significación como hecho puntual que se ha venido sosteniendo en nuestra sociedad. Aquel hecho de violencia en donde una niña de identidad concreta “pierde” su cuerpo, puede relacionarse –por oposición- con los numerosos cuerpos sin identidad que se están des-cubriendo en el Cementerio San Vicente por el Equipo de Antropología Forense de la UNC, cuerpos que evocan una etapa muy dura de nuestra historia como pueblo, país y sociedad. Digo etapa muy dura, y que se hace necesario rescatar porque un pueblo sin historia ni memoria, pierde su noción de tal.

Junto con Pampa Arán podemos pensar que esta novela plantea la reconstrucción de una realidad, de un tiempo políticamente violento que se impone como necesario de recuperar en el presente para su dilucidación, en tanto que su injerencia en el hoy resulta molesta. Es por ello, importante convocarlo para, tal vez, poder superar esa afección, aún cuando se advierta desde lo profundo del narrador, que la distancia postula lo irreparable de lo dado, el fracaso de los ideales sociales, y; esto especialmente, la continuidad de las condiciones de aquel pasado, en este presente, afectando estructuras macro, políticas, económicas, legislaciones y medios de comunicación.

La reflexión que propone el autor, que construye el hecho de una niña de 9 años que va a la esquina de su casa a comprar una revista infantil, sin regresar jamás, tal vez se instala desde dos sentidos: En el de la identidad y el de la memoria.

La identidad de una persona: ¿se diluye ante la pérdida de su cuerpo?, la sociedad ha quedado a la espera de una voz que responda sobre qué fue de ese cuerpecito. La muerte silencia y el tiempo que marcha inexorablemente, aumenta la complicidad para mantener lo No Sancionado. Córdoba, a través de su literatura, reclamado una voz ordenadora ante una situación compleja y dura, y también perversa. No vale pensar en olvidos o desidia, ni menos aún callamientos para situaciones de estas características.

La sociedad vio nacer a niños –muchos de ellos, hijos de estos cuerpos recientemente rescatados- a los que disfrazó con una identidad y compartió con ellos, su crecimiento y su maduración. Es justamente esta madurez (que ya late en los jóvenes) la que demanda la verdad. No hace falta creer en la justificación teológica del nombre (que postula que el ser es llamado a la vida ya con nombre personal), para reconocer la importancia del acceso al nombre propio, a conocer el patronímico, a saber a cuál familia de la tierra pertenecemos, en esta específica familia humana, que tanto nos une y tanto nos separa.

Se hace necesario conocer la verdad y la libertad como máximo reconocimiento a la convivencia social. A ello convoca Jorge Felippa, autor cordobés de esta novela, para guiarnos en a través de estos hechos. Si el tiempo nos deja lagunas, su trabajo nos mantiene frescas las identidades de quiénes fueron cada uno de los involucrados. No por búsqueda de revancha o justicia. Sino para, en libertad, decidirnos a no permitir que se repita la historia. Sin embargo, no es sólo la identidad lo que constituye un pueblo. Hace falta también la memoria. Porque los niños han crecido, un hombre sólo asume con plenitud su propia historia si es capaz de reconocerse en ella. Es la única forma que tiene para seguir creciendo y lograr la madurez. Entonces, es allí donde se le hacen necesarios los documentos.

Jorge Felippa ha decidido ofrecernos una memoria de los hechos a través de la apelación a los documentos de la época, voces distintas, especiales y caracterizadas que integra al gran discurso que es su novela. No nos cuenta la verdad. Sólo nos guía para que la vayamos descubriendo paso a paso, momento a momento. El lector no debe distraerse ante tal o cual voz. Porque importan todas para el desarrollo de la situación. Hay un artificioso guía que, a

través de una totalidad integrada, quiere decir, responder, aclarar, mostrar, recordar, argumentar, demostrar y explicarnos a los que la leemos, qué paso aquella mañana de noviembre de 1938. El se autoinvoca como “escribidor” o “escribiente”.

Hay que atender a la operación del lenguaje para evitar el error de una lectura ligera. A través de este nombre, el autor se asimila con buen oficio a la gran literatura latinoamericana, recordemos al “escribidor” que acompañaba a la tía Julia, de Vargas Llosa. Un verdadero escribiente no piensa, sólo transcribe. No es este el caso del escribiente de Jorge Felippa. El escribiente de este escritor cordobés es un guía que ha elegido los documentos y las señas que nos quiere dar para que podamos, como con el hilo de Ariadna, encontrar la salida al laberinto (Los lectores debemos decidir luego de encargarnos de matar al Minotauro o sólo salir dejando el monstruo adentro para mantener vivo el miedo).

Y así como reconocemos a este escribiente el pensamiento, también él nos debe reconocer como sociedad, la inquietud mantenida por aquello que sufrió Marta Ofelia Stutz ese fatal día, y a partir de ese momento. Córdoba padece la responsabilidad de la ausencia de uno de sus habitantes. La urbe se hace madre doliente, a cuyo llanto responde este autor. Martita es una pequeña Perséfone que ha traído el invierno a la tierra con su ausencia, invierno que se mantiene porque el crimen no fue sancionado. Y Martita no regresó.

Nosotros, no podemos olvidarnos de Martita Stutz. Mi madre, que me relató la historia del secuestro cuando yo era niña, vivió marcada por esa ausencia. (“Porque lo que le pasó a una niña, le puede pasar a otra, no salgas a la calle, acordate de Martita” advertía mi abuela) y nuestra sociedad continúa viviendo situaciones similares a las de la familia Stutz.

Esta es la trama de la novela *¡Quiero volver a casa!*, trama que sostiene una urdimbre que, pese a la desazón y a la desesperanza, confía en el hombre, en tanto socio en la construcción de un futuro que debe ser mejor. Frente al vacío de valores, mantiene la certeza de la fortaleza y la solidaridad. Frente a un mundo escindido por voces y visiones, el hombre se mantiene predispuesto a mantenerse fiel en la batalla. Esa es la bandera que alza Jorge Felippa a través de esta novela para cauterizar los daños y las heridas. Y es la que le cabe como creador de aquel universo narrativo.

La novela sobre Martita Stutz se plantea, desde este enfoque, como un Orfeo mitológico. Orfeo, el músico más célebre y hermoso de toda Grecia, debe ir a donde nadie se atrevió (el

infierno), para rescatar a su amada esposa Eurídice. Y llega hasta allí y convence a Hades de que deje salir a la ninfa y volver a la vida. El señor del dominio acepta el pedido, con la condición de que Orfeo oriente a Eurídice, en el camino de regreso por medio de la música y recién a la salida, con el primer rayo de luz, se le permitía volver la cabeza para mirarla. Se produce el ascenso de los esposos, pero, en la misma puerta del infierno, Orfeo gira su cabeza para mirar a la prenda de sus ojos. Y con un grito de desesperación, Eurídice vuelve al sepulcro, sin ninguna esperanza. Orfeo no puede hacer más, y se vuelve loco. Las mujeres de Tracia pretenderán su amor, pero el músico sólo tiene palabras para aquella que recuerda y ama. Esto les hace sentir el despecho y lo asesinan. Su cuerpo es descuartizado. Su cabeza rueda hasta llegar a una caverna y se sitúa sobre una piedra. Allí, irán los griegos a preguntar sobre el misterio.

El escribiente de Jorge Felippa, asume, a través del relato de esta novela, el rol de Orfeo que va a guiar a los hombres en dirección a la verdad. Así como Eurídice, Martita se ha perdido, pero no puede esta respuesta, evitar que desconozcamos la verdad. La búsqueda de la verdad y no su negación es la única vía para hacer la historia.

Preciso mencionar que en esta historia aparece como fondo una Córdoba ciudad en desarrollo. Córdoba con adoquines, con caminos de tierra, con un camino a Pajas Blancas que no señala la dirección hacia el aeropuerto, sino a pueblos cercanos de una periferia, que hoy están anexados como barrios de una ciudad que ha crecido. Se trata de la Córdoba de los pueblos, Pueblo San Vicente, Alta Córdoba, Barrio San Martín, entre otros.

Jorge Felippa ha realizado una profunda investigación archivística para construir esta historia de base dolorosamente real. *¡Quiero volver a casa!* Es un relato que pertenece al género de la novela histórica. En tanto ello, es preciso señalar algunas consideraciones que surgen de la lectura de este relato, tan profundamente cordobés. La novela convoca a mirar los hechos que se nuclearon alrededor de la desaparición de Martita aquella mañana, y la red de discursos, cada uno con sus tonos, que los periódicos propusieron para mirar cada uno y entre todos, el suceso. Se destacan las complicidades, las oscuridades, los ocultamientos del poder político y la policía, el discurso legal que se opone al jurídico, la investigación periodística va dejando evidencia de tensiones en conflictos que quedan sin resolver, y que a la postre dan señal de los condicionamientos del poder de turno. En los discursos integrados, tal vez, por ello mismo, yuxtapuestos como señal de los hiatos

simbólicos que incorporan, quedan en evidencia vacíos y conflictos cuya exposición solo deja más clara una inscripción de interrogantes no resueltos, aunque, en estado de demanda actual.

Por qué demanda actual y abierta? Felippa recupera desde historia de la niña, el pasado de las desapariciones que se vivieron en la ciudad. Martita Ofelia se hace antecedente del procedimiento perverso que involucró a toda la sociedad, cuando la dictadura de la década del 70, hizo desaparecer a muchos cordobeses y argentinos. Esto es, la sociedad cordobesa escucha las voces de aquellos desaparecidos, desde esta novela, desde el reconocimiento de una deuda: operación de la justicia.

Martita Ofelia Stutz, en su condición de niña bella e inocente, sufre la crueldad de un acto que la llevó a desaparecer. Sin embargo, lo peor de su memoria está en que el procedimiento fue reinstalado, y como consecuencia, la sociedad quedó aterrada, sin voz. Es esa la voz que hoy apela ¡Quiero volver a casa! Por necesidad de verdad, de justicia y de historia.

Bibliografía

Felippa, Jorge (2007) *¡Quiero volver a casa!* Córdoba, Ediciones del Boulevard.

Arán, Pampa –dirección y coordinación- (2010) *Interpelaciones. Hacia una teoría crítica de las escrituras sobre la dictadura y memoria*. Córdoba, UNC.